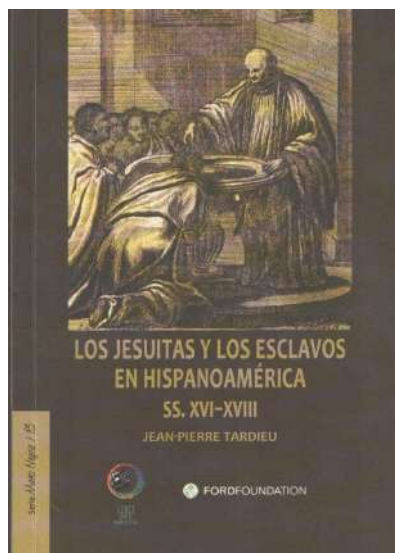


HERNÁN HURTADO CASTRO

Tardieu, Jean Pierre

*Los jesuitas y los esclavos en Hispanoamérica siglos XVI-XVIII.* Lima: Cedet, 2020, p. 315.



El libro del profesor Jean Pierre Tardieu, sin duda, es una nueva contribución a la visibilización de la historia de la población afrodescendiente, no solo en el Perú, sino en la América colonial. Este libro consta de dos partes y se divide en nueve capítulos. Es una investigación que no solo se centra en un espacio físico, sino que recorre varios lugares donde la presencia de los jesuitas ejerció un control y desarrolló un proceso de evangelización a favor de la entonces población esclavizada. El autor nos revela, desde el inicio, este rol activo de la Compañía de Jesús, que se puede explicar en dos ideas: se distingue un plan material aunado a un plan espiritual. Es decir, los jesuitas fueron los principales dueños de esclavizados, los compraban para propósitos de mano de obra de sus haciendas, pero en este proceso se diferenciaban de los otros poseedores de mano de obra esclavizada porque, según lo expuesto en el libro, varios de los integrantes de la compañía se cuestionaron el hecho de poseer esclavizados. Incluso, varios de los jesuitas buscaban que los cautivos tuvieran las mejores condiciones de vida en este sistema desigual.

Tardieu nos presenta el ejemplo de lo que él ha definido como los operarios de negros, quienes fueron personajes de la Compañía que buscaron remediar en parte la poca preocupación del clero secular en torno a la evangelización de los negros en el Nuevo Mundo. El autor, en ese hilo conductor, nos desliza la idea de que, sin la presencia de la Compañía de Jesús, hubiese sido muy difícil que los esclavizados encontraran sosiego a la dominación ejercida sobre ellos. También nos presenta a estos operarios de negros, entre los que resaltó la figura de Alonso de Sandoval (Pedro Claver y Diego de Torres Bollo, quien fue el difusor del método de Sandoval), quien en su libro *De instauranda aethiopiae salute: el mundo de la esclavitud negra en América* (1956) rescató al bautismo como la puerta de entrada al universo católico y denuncia las malas prácticas de este sacramento en los puertos de embarque. Para Sandoval, los sacerdotes eran las únicas personas con capacidad de consolar a la población esclavizada. También entendía las dificultades lingüísticas que representaba la evangelización, por lo que era necesario que los integrantes de la Compañía conocieran diversas lenguas africanas para un mejor entendimiento. Esta no fue una tarea fácil. En el libro se afirma que el provincial Vázquez de Trujillo compuso un «arte y vocabulario» para que se utilizara en los colegios de la provincia. Se mencionó también un manual que no llegó a publicarse.

Por otro lado, retomaré la idea sobre esta predestinación que asumieron los jesuitas al momento de evangelizar a los esclavizados y que el autor desarrolla ampliamente. Tardieu afirma que los jesuitas, por medio de la cristianización de los negros, les permitían encontrar la libertad, la cual consistía en liberarse del pecado. Sin embargo, su cuerpo y su fuerza de trabajo siguieron siendo dominados, porque lo real fue que los jesuitas, en espacios rurales, eran los principales propietarios de esclavizados. Por ello, nos preguntamos si esta libertad del espíritu que preconizaban ¿no era la búsqueda de la aceptación de su condición servil? Con esto no negamos que la preocupación de

tener humanidad con los hombres en cautiverio sea real, sino que observamos que esta noción de humanidad iba acompañada de la búsqueda de que esa condición servil y desigual sea aceptada, porque lo más importante no era lo que vivían en ese momento, sino la idea de la salvación del alma.

Asimismo, el autor mencionó en reiteradas oportunidades al concilio tridentino y a los concilios limenses, pero obvia un hecho muy importante. Esta legislación, si bien fue respetada por la Compañía de Jesús, el clero secular fue muy activo en la difusión de la legislación canónica. Así lo confirman las diversas demandas de los hombres esclavizados contra sus amos. Por consiguiente, nos lleva a pensar en una actividad compartida. Es decir, en espacios urbanos como Lima o México, la presencia importante del clero secular permitió que los conocimientos de los derechos sacramentales de los esclavizados sean conocidos y difundidos. Esta idea no niega un papel activo de los jesuitas en la ciudad, pero que fue compartido. Donde sí podemos subrayar un papel central es en el área rural. Las haciendas del norte del Perú o todas aquellas que estuvieron bajo el control de la Compañía evidencian que fueron bien administradas en lo material y espiritual.

Esta administración permitió a los esclavizados un trato más humano, una preocupación por su salud, por su vinculación matrimonial, construcción familiar, ausencia de la reventa (un hecho vital porque permitía mantener sus vínculos familiares), sus alimentos, espacios de descanso, propio cultivo de alimentos, etc. Estos hechos le permiten al autor sustentar que los esclavizados de los jesuitas pudieron haber tenido una mentalidad particular, hecho que se diferenció sustancialmente luego de la expulsión de la Compañía de Jesús. Para ellos, un mal manejo de la relación con los esclavizados iba a incidir directamente en la producción de sus dependencias agrícolas.

Por otro lado, los administradores señalaron que estas concesiones eran negativas para el manejo de las exhaciendas y arrebataron estos

espacios a los esclavizados, quienes no tardaron en rebelarse ante estos abusos y pérdidas de privilegios. Este punto es el primero en el libro donde vemos una participación de los esclavizados. Se resaltan sus reclamos o alzan sus voces, mientras en los otros momentos son los jesuitas quienes tienen la voz principal. En suma, es importante destacar que en los espacios rurales no se podía escuchar las voces de reclamo o protesta de los esclavizados, donde el cimarronaje era una opción muy débil en el caso del Perú, como se ha demostrado a lo largo del libro. Entonces, era necesario el activismo de la Compañía de Jesús. Sin embargo, en los espacios urbanos como Lima y la capital novohispana, el activismo en la defensa de sus derechos sacramentales lo cumplió el propio esclavizado.

No cabe duda de que la presencia de los jesuitas, como afirma el autor, le devolvió la dimensión humana al esclavizado, puesto que eran los funcionarios de Dios, como lo afirmó Pablo Macera, y tras la expulsión se quedaron desamparados y volvieron a ser instrumentos de producción. Sin embargo, creo que esta situación no fue uniforme a todo el espacio colonial, como ya lo he explicado líneas arriba.

Por último, creo que el libro nos ayuda a tener una visión panorámica y con casos muy concretos, donde la economía y la evangelización fueron de la mano y lograron conciliarse. Además, el trabajo es muy rico en información y anexos como ya nos tiene acostumbrados el autor. Sin duda, este último punto ayuda a tener acceso a documentos y fuentes de primera mano. Ya en anteriores trabajos, el profesor Tardieu nos presentó fuentes documentales importantes como las célebres publicaciones *Los negros y la Iglesia en el Perú: siglos XVI-XVII* (1997) y *Resistencia de los negros en el virreinato de México* (2019). También, señalamos la importancia de que su trabajo sobre la redhibitoria de esclavizados sea traducido al español, porque este tópico es recurrente en la documentación colonial y, hasta donde se conoce a la fecha, no ha sido trabajado por nadie.